

MARTÍNEZ DE NAVARRETE, FRAY MANUEL DE (1768-1809)

EGLOGAS

I

DESPIDESE SILVIO DE CLORILA

Silvio. Poeta

POETA

Viendo Silvio que Clori se ausentaba
en fuerza de los hados rigurosos,
al pecho la estrechaba,
y con suspiros tiernos y amorosos
su dolor de esta suerte la expresaba.

SILVIO

¿Te vas? ¡ay Clori! ¿conque la fortuna
rompe los fuertes lazos
de una estrecha amistad más que otra alguna?
¿Con que dejas por último mis brazos?
¿Los dulces brazos de tu Silvio dejas?
¿Dejas mi corazón que por la boca
repitiéndote está sus blandas quejas?
¿Te has transformado acaso en dura roca,
que dejas a tu Silvio en triste calma
sin su Clori? ¿Sin ti? ¿Sin toda su alma?

Mas ¡ay! que si la estrella
de mis brazos te arranca,
¿por qué lloro motivos que no das, mi Clori bella?
La estrella me arrebató el bien que adoro.

Adiós, Clori... ¿te vas? si, que la suerte
con to ausencia procura...
procura... ¡ay! sí, procura darme muerte,
privándome de toda mi dulzura.

Y puesto que la fuerza,
la incontrastable fuerza del destino
no hay brazo que la tuerza,
anda, mi Clori, empieza to camino.

Mas no, Clori, to aguarda.
i Olvidaras de Silvio la ternura,
si acaso para verte el tiempo tarda?
i Olvidaras que ha sido to hermosura,
tantas dichosas veces adorada,
en to mejor de su alma colocada?

No lo permitas, Clori, ¡ay! ten presentes
del corazón más fiel tantos amores,
que a prueba de otros muchos pretendientes,
envidiosos pastores,
me hicieron dueño al fin de tus favores.

Sí, Clori: que aunque ausentes
estemos, y en las tierras más distantes,
yo te prometo, por aquella gloria
que me causó el triunfar de tus amantes,
el que siempre estarás en mi memoria...
en mi memoria, siempre agradecida
al honesto recato
de tu amoroso trato;
y muy reconocida
a la sagrada fe comprometida
con juramentos tantos,
que por los dioses santos
hicimos, cuando en más dichoso día
yo me nombré por tuyo, y tú por mía.

¿Lloras, mi Clori? No, no tus ojuelos,
corriendo en tus mejillas
como dos arroyuelos,
se arribaten las tiernas florecillas.

¡Ay! véncete a mi ruego
no eclipses de tu cielo peregrino
en cada niña un sol de blando fuego.
No llores, Clori, sigue tu camino.

POETA

Con estas expresiones de ternura
Silvio de su zagala se despide,
quien con llanto explicaba su amargura,
que a su labio de rosa hablar impide.
Danse el postrer abrazo;
y desunido el amoroso lazo,
los últimos adioses se dijeron

con ayes tan del alma prorrumpidos,
que las driadas y faunos se movieron,
y en ecos repetidos
desde sus hondas cuevas respondieron.

II

LLORA SILVIO LA AUSENCIA DE CLORILA

Silvio. Poeta

POETA

Como suele el amante pajarillo,
para aliviar su corazón doliente,
quejarse sobre algún verde arbolillo
a su consorte ausente,
el triste Silvio sin su Clori amada
llora su desventura,
v en el silencio de la noche oscura
de este modo su pena fue expresada.

SILVIO

La cara trocó el mundo;
y así como en la noche oscura y triste
un extraño silencio el más profundo
respira el campo desde que tú te fuiste.
Ya no alegra la luz que la alba envía,
ni las aves canoras
su voz desatan ya con alegría.

Tristes corren las fuentes más sonoras,
y aun las flores ya niegan su fragancia.
Con razón la distancia
que nos separa causa mis desvelos.
Oh, si te viese ahora,
bellísima pastora!
¡Ay! tráigante los cielos.
que muero por la luz de tus ojuelos.

No me cabe el dolor dentro del pecho,
serranilla graciosa,
cuando pongo los ojos en el techo
de tu mandra dichosa.
Ya no se ve blanquear, como solía,
con tantas palomitas melindrosas;

que como echaron menos tu presencia,
quizá a buscar se fueron su alegría.
Si estuviesen, aun creo que llorosas
al triste Silvio hicieran compañía.
Date prisa a volver, zagala mía.
¡Ay! tráigante los cielos,
que muero por la luz de tus ojuelos.

Tus mansas inocentes corderitas
ni se alegran, ni buscan por el prado
como de antes las nuevas yerbecitas.
Pobrecillo ¡ay! sin ti de tu ganado!
Y cuando llega la hora
que del redil las saque su pastora,
la llaman con tristísimos balidos;
a tan grande dolor les acompaña
con ecos repetidos
la lóbrega mañana.

Y desde aquel instante el más penoso,
en que se vio la pastoril cabaña
sin tu rostro precioso,
una noche sombría
parece que se extiende por toda ella,
aun cuando el Sol está en el mediodía.
¡Ay serranilla bella!
¿Si volverá a este campo su alegría,
que con ansias espera la alma mía?
¡Ay! tráigante los cielos,
que muero por la luz de tus ojuelos.

Admite, corazón, algún sosiego,
y aguarda con el tiempo la venida
de tu Clori querida,
que enjugará este llanto en que me anego.
Acaba de llegar, alegre día,
y tendrás, no hay que hacer, en mí pastora
mejor regazo que en la blanda aurora.
¡Ay, zagaleja mía!
Cuanto tus ojos tardan
en alegrar los míos que te aguardan
¡Ay! tráigante los cielos,
que muero por la luz de tus ojuelos.

POETA

Calló el pastor amante,

y la pesada noche tenebrosa
lo retira a su mandra silenciosa,
sin que el dolor lo deje un solo instante.

III

CELEBRA SILVIO LA VUELTA DE CLORILA

Silvio. Poeta

POETA

Ya de los montes el invierno cano
retirado se había,
cuando Silvio volvía
a ver de Clori el rostro soberano.
De su torneada mano,
que a la boca llevaba muchas veces
con gratas sencilleces,
cariñoso la toma;
sobre la verde yerba de una loma
la sienta, y a su lado
la requiebra, cual suele en el techado
simple palomo a cándida paloma.

SILVIO

Bellísima serrana,
prodigio celestial, todo bien mío,
grata a mis ojos más que en la mañana
a las sedientas flores el rocío;
paso la noche oscura,
que lloraba con lágrimas eternas;
el suave resplandor, las luces tiernas
de tu blanda hermosura
disipa mi tristeza.
Igual es tu belleza
a la que tiene la rosada aurora,
cuando, rompiendo los nocturnos velos,
alegra los espacios de los cielos,
v las coronas de los montes dora.

Pájaros dulces, que en pajizas camas
gratas consortes requebráis contentos,
salid alegres a las verdes ramas :
desatad vuestros músicos acentos,
y esparcid en los vientos

vuestra sonora placida armonía,
pues ha llegado la zagala mía.

Salid ya del establo, corderillos,
que en el campo os espera
producción olorosa de tomillos,
que con Clori os envió la primavera.
Id al monte, bajad a la ribera:
dad saltos de alegría,
pues ha llegado la zagala mía.

Amantes zagalejas,
que en el fértil sembrado de amapolas
soléis cantar a solas
de un mal pagado amor las tiernas quejas,
vuestros amargos lloros
conviértanse hoy en cánticos sonoros
de alegre melodía,
pues ha llegado la zagala mía.

Templad los agradables caramillos,
porque en lo más sabroso de la siesta,
músicos pastorcillos,
haremos nuestro baile en la foresta
a la usanza de simple serranía,
pues ha llegado la zagala mía.

POETA

A seguir iba Silvio; pero viendo
la carroza del sol, que iba subiendo,
se retira a su albergue en compañía
de Clori, y observando los pastores
sus festivos empeños,
se dispusieron todos a porfía,
para alcanzar favores
de sus hermosos dueños;
y a la siesta en el campo se juntaron,
y *la vuelta de Clori* celebraron.